

parecerse a su leyenda y presentaba un aspecto más tranquilizador. «No acaba de ser sábado, pero se le parece». Eran las doce de la mañana.

Cuando entró en la casa la recibió un olor a tostadas mezclado con loción de afeitar, café y la colonia de la niña. Dejó el carro, las botellas y demás paquetes en la cocina, colgó el traje en la percha, colocando bien los pantalones, y fue al comedor y se sentó en la mecedora. Encendió un cigarrillo y fumó con lentitud. Encima de la mesa había una nota de Horacio y otra de la niña. Horacio no sabía si volvería a comer. La niña se iba a pasar el fin de semana con una amiga a la sierra. Besitos, mami. Volvió a sentarse en la mecedora, estiró las piernas y siguió fumando.

La luz que entraba por las ventanas era de un gris opaco. Se levantó y recorrió las cortinas. Lo primero que vio fueron las rejas. «¡Por mis muertos que quito estas rejas!». Apagó el cigarrillo y se fue a la cocina. «Antes de descargar el carro tengo que bajar a la panadería. Y tengo que comprar tabaco». Echó una ojeada a la cocina. «¡Jesús, qué panorama!». Las tazas del desayuno, el exprimidor, restos de una tostada, un churrete de mermelada sobre la mesa. Cuidadosamente lo recogió con el dedo y lo puso sobre el trocito de tostada. «Esto es una cochinada», pensó mientras se lo comía. Fue a buscar el suavizante y lo echó en la lavadora, puso el último programa y bajó a la panadería.

Hacia las dos de la tarde terminó de tender la ropa. «Malditas las ganas que tengo de ponerme a guisar. Horacio seguramente no viene. ¿Qué tal si me como una loncha de jamón de york y me hago un huevo pasado por agua? Claro que si por casualidad viene Horacio, me tengo que liar entonces a hacer la comida. Mejor preparo algo ahora y si no viene ya tengo la cena». Empezó a pelar patatas para hacer una tortilla. Mientras se freían fue fregando los chacharros sucios. Terminó la tortilla, hizo unos filetes empanados, los puso encima de la tortilla y lo tapó todo con un plato. Eran las tres y media. «Bueno, hermosa mía, está claro que Horacio no viene, cómete un filete y siéntate a ver la película que estás derrengada». La película era de Joselito. «¡La madre que los parió! Si yo sabía que a este sábado le pasaba algo. Pero qué asco». Fue a la cocina y se preparó un café. Mientras caminaba por el pasillo con la taza en la mano iba pensando que le quedaba un montón de cosas por hacer. «Casi es una suerte que la película sea una mierda. Así aprovecho y plancho». Se sentó en una de las sillas del comedor y contempló la librería. «¡Qué barbaridad!, cuarenta años por este pasillo y veinticinco juntando libros». Se acordó del verso de Machado: «Cabeza meditadora/ ¡qué lejos se oye el zumbido/ de la abeja libadora!». Estuvo pensando unos minutos y terminó diciéndose: «Vaya ganga la tuya, una abeja con cabeza meditadora». Preparó la ropa, sacó la tabla de plancha y empezó a planchar.

Terminó hacia las seis y estuvo un buen rato colocando cada cosa en su sitio. «Esto se acaba. Hazte un café con leche que me parece que por fin vas a poder encender la lámpara de Aladino». Cogió una taza grande y la llenó. Se acercó a la librería y sacó un libro: *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco. «Ánimo, princesa, enciende la lámpara de Aladino». Sentada en la mecedora, con la taza de café en la mesita supletoria, un cigarrillo en una mano y el libro en la otra, se dijo a sí misma que la vida era hermosa. La habitación la miró con memoria retrospectiva y estuvo de acuerdo con ella. Levantó la mano hacia la lámpara y la encendió.

Memorias de África

«¿Cómo es la frase? “Todo hombre tiene su paraíso perdido”. No. “Todo hombre tiene su tierra prometida”. Tampoco. “Su ciudad encantada”. Es algo parecido, pero no es eso. Sé que hay una frase, un dicho popular, pero no recuerdo bien cómo es. Lo tengo en la punta de la lengua, pero se me escapa. Y, bien pensado, ¿para qué necesito yo recordar la frasecita? Es completamente absurdo, qué cosa más idiota, resulta que tengo la imperiosa necesidad de recordar una frase hecha. Qué barbaridad». Estaba haciendo la camamueble de la habitación de Horacio. Bueno, en realidad no era la habitación de Horacio, era la suya. Pero como Horacio dormía mal, qué digo mal, dormía fatal, y en el piso de arriba había niños, y los niños corrían, pues Horacio se había mudado al cuarto de ella, que estaba al final del pasillo y, donde, al parecer, las carreras se oían menos. Ella estaba convencida de que se oían igual, pero ya se sabe, cuando a un insomne se le mete entre ceja y ceja que duerme mejor en un sitio que en otro, lo más conveniente es dejarlo hacer: duerme igual de mal, pero por lo menos está tranquilo.

Terminó de hacer la cama y la levantó. La tabla que cubría el somier se vino hacia adelante y estuvo en un tris de pillarle los dedos. Maldijo por lo bajo. «Esta cama está hecha un asco, entre que la tabla pesa una tonelada y que Horacio duerme con cuatro mantas, la cama está para el arrastre». Le pegó una patada al mueble y murmuró: «Si me llegas a pillar los dedos, te destruyo, asquerosa». De pronto se quedó parada en mitad de la habitación: «Eso es: “El hogar de un hombre es su castillo”». Esa era la frase. «Arrea, entonces yo debo ser la castellana de esto». Se puso a reír a carcajadas: la cama hecha un desastre, la moqueta del pasillo raída, una cocina que parecía la de los enanitos. Vamos, lo que se dice un castillo de una vez. Entró en la habitación de su hija y sintió una especie de vértigo. «¡Dios me ampare, esto es la jungla! Pero cómo me habrá podi-

do pasar a mí una cosa así: un marido neurótico del orden, que anda todos los días alineando los libros en las estanterías, y una hija neurótica del desorden. No, si lo del castillo tiene lo suyo».

Terminó de arreglar la habitación y pensó que era una suerte que hubiese ido a comprar el viernes, porque ya era casi la una y todavía le quedaban dos camas por hacer, limpiar el cuarto de baño y empezar con la comida. «Si no me doy prisa, hoy comemos a las cuatro». Rápidamente hizo las camas y se metió en el cuarto de baño. «Tengo que limpiar el polvo de mi habitación, mejor dicho, la de Horacio, que ahora es la mía. Con esto de las obras en la escalera, se puede escribir en los muebles. Y no es que me preocupe mucho, pero dicen que el polvo da asma». Cogió la gamuza y empezó a limpiar. Levantó el libro, limpió la mesilla, colocó el libro y puso a su lado las gafas. «¿Por qué habrán titulado la película *Memorias de África*, cuando es mucho más hermosa la palabra recuerdos?». Echó una ojeada a la habitación y se metió en la cocina. «Bueno, hija, enchúfate que es tardísimo». Echándole furtivas miradas al reloj fregó todo lo que había sucio. «Las tres menos cuarto. La ensaladilla ya está. Sólo tengo que hacer la mayonesa, abrir la lata de morrones y poner a cocer un par de huevos. Mientras se cuecen, pongo la mesa y muelo el café. Y mientras se hace el café frío los filetes». Puso a cocer los huevos y empezó a poner la mesa. Cuando terminó, preparó la batidora para hacer la mayonesa. Se dio la vuelta y vio que el cazo se había quedado sin agua. Alargó la mano hacia el rabo y soltó un aullido. Estaba al rojo vivo. «¡Maldita sea mi suerte!». Entró en el cuarto de baño, se untó los dedos con dentrífico, apretándoselos, y se lió una venda. «¡Qué asco de vida, quieres hacer las cosas bien y mira qué premio! Bueno, podría haber sido peor, podría haber sido la sartén. Total, un par de ampollas en los dedos no es nada. Lo de la sartén si que hubiera sido un drama». Buscó un paño de cocina y con mucho cuidado asió el cazo, lo metió en la pila y le echó agua fría. Menos mal que los huevos no se habían quemado. Sacó la sartén y la puso en el fuego con muy poco aceite. «Bueno, vamos con la mayonesa». Echó los ingredientes y apretó el botón de la Minipímer. Una lluvia de huevo y aceite cayó sobre ella, las paredes, el suelo y la pila. «¡La madre que me parió. Mierda y mil veces mierda!». Había soltado la batidora y miraba estúpidamente a su alrededor. Por un momento se debatió entre la ira y las ganas de llorar. «No hay derecho, es una injusticia asquerosa». El aceite de la sartén se estaba quemando. Apagó el gas y se sentó en la banqueta. Tenía la sensación de un peligro inminente. De pronto, oyó una especie de rugido, como si una manada de leones avanzase por el pasillo. Le pegó una patada a la fregona y dando un portazo se metió en el cuarto de baño.

Salió diez minutos después, duchada y envuelta en la toalla. Miró de refilón la cocina y fue a vestirse. Tuvo que cambiarse hasta de zapatos. Mientras se ponía las medias recordó algunas secuencias de *Memorias de África*. «Una mierda os daba yo, con té y muselinas. África con rodajitas de limón, saltos de cama y zapatillas de raso. África, eh. África es esto, con leones y cocodrilos, que los oigo yo por el pasillo». Se puso el abrigo, cogió el bolso y entró en el comedor. Arrancó una hoja del bloc de notas y escribió: «Estoy en el bar de la esquina. He sido atacada por los leones y no hay comida». Dejó la nota sobre la mesa, se colocó bien la venda y a buen paso recorrió el pasillo. «Como no me dé prisa estas fieras acaban conmigo». Mientras cerraba la puerta le llegó el característico olor de la jungla africana.

Francisca Aguirre

